

Capítulo 4

Segundo comentario: Orígenes del anarquismo español

Un día de octubre de 1868 llegó a Madrid Giuseppe Fanelli, un italiano. Tendría unos cuarenta años, era ingeniero de profesión, y tenía una espesa barba negra y ojos relampagueantes. Era alto, y manifestaba una serena determinación. En cuanto llegó, buscó una dirección que tenía anotada en su agenda: un café, donde se encontró con un pequeño grupo de obreros. La mayoría eran tipógrafos de pequeñas imprentas de la capital española.

«Su voz tenía un tono metálico, y su expresión se adaptaba perfectamente a lo que decía. Cuando hablaba de los tiranos y explotadores su acento era iracundo y amenazante; cuando se refería a los sufrimientos de los oprimidos su tono expresaba alternativamente tristeza, dolor y aliento. Lo extraordinario del asunto era que no sabía hablar español; hablaba en francés, una lengua que algunos de nosotros sabíamos chapurrear al menos, o en italiano, en cuyo caso, dentro de lo posible, aprovechábamos las analogías que este idioma tiene con el nuestro. Sin embargo, sus pensamientos nos parecían tan convincentes, que cuando terminaba de hablar nos sentíamos embargados de entusiasmo». Treinta y dos años después de la visita del italiano, el relator Anselmo Lorenzo, uno de los primeros anarquistas españoles, puede aún citar textualmente a Fanelli, el «apóstol», y todavía recuerda el estremecimiento que sentía cuando éste exclamaba: «¡Cosa orribile! ¡Spaventosa!»

«Durante tres o cuatro noches Fanelli nos expuso su doctrina. Nos habló en el transcurso de paseos y en cafés. Nos dio también los estatutos de la Internacional, el programa de la alianza de socialistas democráticos y algunos ejemplares de La Campana, con artículos y conferencias de Bakunin. Antes de despedirse, nos pidió que nos sacáramos un retrato en grupo, donde él aparece en el centro».

Ninguno de sus oyentes sabía algo acerca de la organización que había enviado a Fanelli como emisario a España: la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). Fanelli era un discípulo de Bakunin, pertenecía al ala «antiautoritaria» de la Primera Internacional, y el mensaje que había traído a España era el del anarquismo.

El éxito de esta doctrina revolucionaria fue inmediato y sensacional; ésta se extendió entre los trabajadores rurales e industriales del oeste y el sur de España como un fuego en la

pradera. Ya en su primer congreso de 1870 el movimiento obrero español se había declarado a favor de Bakunin y contra Marx, y dos años más tarde la Federación Anarquista reunió en su convención de Córdoba 45.000 miembros activos. Las insurrecciones campesinas de 1873, que se extendieron por toda Andalucía, estaban dirigidas sin duda por los anarquistas. España es el único país del mundo en el cual las teorías revolucionarias de Bakunin se convirtieron en un poder real. Los anarquistas mantuvieron hasta 1936 el control del movimiento obrero español; no sólo eran los más numerosos, sino también los más militantes.

Estas circunstancias históricas excepcionales suscitaron una larga serie de conatos de interpretación.-Ninguno de éstos, aisladamente, cumplió lo prometido, y hasta ahora no existe ninguna explicación coherente elaborada según los principios de la economía política. De todos modos es posible determinar las condiciones bajo las cuales se desarrolló el anarquismo español; éstas permiten comprender al menos un proceso que ha resistido hasta ahora la explicación puramente económica.

Hasta la Primera Guerra Mundial, España fue un país exclusivamente agrícola, con excepción de algunas regiones. Tan extremas y evidentes eran las diferencias de clase en esta sociedad, que puede hablarse de dos naciones, separadas entre sí por un abismo. La clase política que controlaba el aparato estatal, en estrecha coalición con el ejército y el clero, se componía en su mayor parte de latifundistas. Era una clase totalmente improductiva y corrupta, incapaz de cumplir el papel transitoriamente progresista que cumplió la burguesía en otros países de Europa occidental. Su existencia parasitaria se limitaba exclusivamente a la recaudación de rentas; no le interesaba desarrollar la potencia productiva a través de la expansión capitalista. Como consecuencia, la pequeña burguesía se había desarrollado muy poco. Con excepción de algunos artesanos pobres y pequeños comerciantes, el resto estaba integrado por lacayos de los «timoratos estatales», como los llama Marx, una burocracia superflua y mal pagada, que si bien no estaba completamente exenta de funciones, desempeñaba más un papel represivo que administrativo.

La auténtica España, la inmensa mayoría del pueblo trabajador, vivía en el campo, y allí se disputaron las más importantes luchas de clase en suelo español hasta fines de siglo en adelante. Su desarrollo dependía íntimamente de la estructura agraria. Allí donde se conservaron relaciones medievales de propiedad y de producción, como en las provincias del norte, allí donde pueblos enteros de pequeños y medianos campesinos retuvieron sus tierras comunales de bosques y campos de pastoreo, allí donde el suelo era fecundo y suficientemente irrigado, sobrevivieron en orgulloso aislamiento

anticuadas formas sociales, independientes casi por completo de la economía financiera.

Sin embargo, en otras regiones, sobre todo en la costa de Levante y en Andalucía, la naciente burguesía propietaria se abrió paso violentamente a partir de 1836. En España la palabra liberalismo significó en realidad la parcelación de las viejas tierras comunales, y su «libre» venta, la expropiación de las pequeñas fincas y la constitución de latifundios. La introducción del régimen parlamentario en 1843 confirmó la dominación de los nuevos hacendados, los cuales, por supuesto, vivían en la ciudad, consideraban sus latifundios como lejanas colonias y los explotaban por medio de administradores o arrendatarios.

De este modo se formó un enorme proletariado rural. Hasta el estallido de la Guerra Civil, las tres cuartas partes de los habitantes de Andalucía eran braceros, esto es, jornaleros que vendían su mano de obra por un salario de hambre. Durante la cosecha el horario laboral era por lo general de doce horas. Durante la mitad del año reinaba un desempleo casi total. Las consecuencias eran una pobreza endémica, la desnutrición y el éxodo rural.

En los pueblos el poder del Estado se manifestaba principalmente como potencia ocupante. Un año después de apoderarse del aparato gubernamental, la nueva clase política de los hacendados creó un ejército de ocupación propio, la Guardia Civil, una gendarmería acuartelada, con el supuesto fin de eliminar el bandolerismo, la forma más primitiva de auto defensa campesina. En realidad, su verdadero objetivo era tener en jaque al proletariado rural, que ya adoptaba nuevas formas de lucha. La Guardia Civil se compone de individuos cuidadosamente seleccionados, siempre ubicados lejos de sus pueblos. A estas tropas se les prohíbe casarse con la población autóctona o confraternizar con ella. No se les permite salir de sus acantonamientos desarmados o solos; todavía actualmente la gente del campo los llama la pareja, porque siempre salen de dos en dos a patrullar. En los pueblos andaluces el evidente odio de clase se manifestó hasta los años treinta en una permanente guerra de guerrillas, una primitiva guerrilla campesina que tendía a convertirse de improviso en espontánea insurrección campesina. Estas rebeliones desencadenaban una irresistible violencia colectiva; se luchaba con increíble arrojo. Las insurrecciones seguían un desarrollo estereotipado: los trabajadores rurales mataban a los guardias civiles, secuestraban a los curas y funcionarios, incendiaban las iglesias, quemaban los registros catastrales y los contratos de arrendamiento, abolían el dinero, se declaraban independientes del Estado, proclamaban comunas libres y decidían explotar colectivamente la tierra. Es sorprendente comprobar cómo estos campesinos, en su mayoría analfabetos, seguían exactamente las

consignas de Bakunin, sin saberlo, por supuesto. Como las sublevaciones eran únicamente locales y faltas de coordinación, sólo duraban en general algunos días, hasta que las tropas del gobierno las sofocaban sangrientamente.

El anarquismo español echó sus primeras raíces en los pueblos de Andalucía. Allí dio casi de inmediato una base ideológica y una firme estructura organizativa al movimiento espontáneo del proletariado rural; fomentó en los pueblos las ingenuas aunque firmes esperanzas de una pronta y completa revolución.

A fines de siglo había por todas partes en el sur de España «apóstoles de la idea», que recorrían el país a pie, a lomo de burro y en carromatos, sin un céntimo en el bolsillo. Los trabajadores los alojaban y les daban de comer. (Desde el principio, y esto es válido incluso hasta el día de hoy, el movimiento anarquista español nunca fue apoyado ni financiado desde el exterior.) Así se inició un masivo proceso de aprendizaje. Por todas partes se veían braceros y campesinos que leían, y entre los analfabetos había muchos que aprendían de memoria artículos enteros de los periódicos y folletos del movimiento. En cada pueblo había al menos un «ilustrado», un «obrero consciente», el cual se distinguía porque no fumaba, no jugaba, no bebía, profesaba el ateísmo, no estaba casado con su mujer (a la que era fiel), no bautizaba a sus hijos, leía mucho y trataba de transmitir sus conocimientos.

Cataluña es la antípoda económica de las empobrecidas y áridas zonas del sur y oeste de España. Siempre ha sido la región más rica y la de desarrollo industrial más elevado del país. Barcelona, la metrópoli naviera, exportadora, bancaria y textil, ya era a fines de siglo la cabeza de puente del capitalismo en la península ibérica. Las contribuciones impositivas per capita eran en Cataluña dos veces más elevadas que el promedio en el resto de España. Con excepción del País Vasco, Cataluña es el único sector de España que ha producido una burguesía empresarial capaz de funcionar; los industriales y banqueros catalanes no pensaban sólo en dilapidar, como los hacendados, sino también en acumular. Entre 1870 y 1930 se formó en Barcelona y sus alrededores un inmenso y superconcentrado proletariado industrial.

Pero en contraste con otras regiones parecidas de Europa, los trabajadores catalanes no se adhirieron a la socialdemocracia ni a los sindicatos reformistas, sino al anarquismo, el cual echó aquí sus segundas raíces, sus bases urbanas. Ya en 1918 el 80 % de los obreros de Cataluña pertenecían a organizaciones anarquistas. Estas circunstancias son aún más difíciles de explicar que el éxito de los bakuninistas en el campo. La sociología puede darnos los primeros indicios. Sólo una mínima proporción de los obreros de la zona

industrial de Barcelona son nativos de la región; la mitad proceden de las áridas provincias de Murcia y Almería, es decir del sur; estas migraciones internas han proseguido hasta el presente, debido a la desocupación de origen estructural existente en el campo.

Las fuerzas centrífugas, que tan importantes son para la historia de España, representan la segunda causa. Muchas provincias españolas se caracterizan por su fuerte regionalismo, un ansia de independencia y autonomía y una tenaz oposición al dominio del gobierno central de Madrid; pero en ninguna parte es esto tan evidente como en Cataluña, una región que en muchos aspectos podría considerarse como una nación, y que ya en el siglo XVII dirigió una guerra de independencia contra la monarquía española. Su especial desarrollo económico ha contribuido a fortalecer esta tendencia. El nacionalismo catalán tiene dos caras. Su ala derecha representa los intereses de la burguesía regional y utiliza el problema de la autonomía para mistificar la lucha de clases. Pero para las masas la cuestión catalana adquiere un sentido enteramente revolucionario.

El deseo de autoadministración, el odio contra el poder central estatal y la insistencia en la radical descentralización del poder, eran elementos que volvían a encontrarse en el anarquismo.

Los anarquistas nunca se consideraron en ninguna parte como partido político; sus principios son no participar en las elecciones parlamentarias y no aceptar puestos gubernamentales; no quieren apoderarse del Estado, sino abolirlo. También en sus propias asociaciones se oponen a la concentración del poder en la cima de la organización, en la central. Sus federaciones son elegidas por la base; cada una de sus regionales disfruta de una autonomía muy amplia, y, al menos teóricamente, la base no está obligada a obedecer las decisiones de la dirección. La aplicación práctica de estos principios depende por supuesto de las condiciones concretas. En España el anarquismo halló en 1910 su forma definitiva de organización, al fundarse la confederación de sindicatos anarquistas, la CNT (Confederación Nacional del Trabajo).

La CNT fue el único sindicato revolucionario del mundo. Nunca se comportó como los «patrones y obreros», que negociaban con los empresarios para mejorar la situación económica de la clase obrera; su programa y su práctica consistieron en dirigir la lucha abierta y permanente de los obreros asalariados contra el capital, hasta la victoria definitiva. Su estructura y sus procedimientos tácticos concordaban con esta estrategia.

La CNT nunca fue un sindicato de tributarios, y no acumuló reservas financieras. La cuota de socio era insignificante en la ciudad,

y en el campo no había que pagar nada para serlo. ¡Todavía en 1936 la CNT tenía sólo un funcionario a sueldo y un millón de afiliados! No existía ningún aparato burocrático. Los cuadros directivos vivían de su propio trabajo o con la ayuda directa de los grupos de base para los cuales actuaban. Éste no es un detalle insignificante, sino un factor decisivo que explica por qué la CNT nunca produjo «líderes obreros» aislados de las masas y llenos de las convencionales e inevitables deformaciones del caudillismo. Este control permanente desde abajo no estaba formalmente garantizado por medio de estatutos era una consecuencia de las formas de vida de los dirigentes: los cuales dependían directamente de la confianza de las bases.

Las armas principales de la CNT eran, tanto en la ciudad como en el campo, la huelga y la guerrilla. Para los anarquistas no había más que un paso desde la huelga a la revolución. Sus luchas laborales eran dirigidas siempre con un gran sentido práctico. Este movimiento sindical rechazaba la simple lucha por el aumento de salario para la expansión y consolidación del «estado de posesión social». Rechazaba las «prestaciones sociales» o seguros, y se negó sistemáticamente a concertar convenios colectivos de trabajo. Sólo de hecho reconoció los numerosos beneficios que obtenían para los trabajadores. Nunca aceptó comisiones de arbitraje ni treguas de ningún tipo. Ni siquiera disponían de una caja de resistencia en caso de huelga. En consecuencia, sus huelgas no tenían larga duración, pero eran tanto más violentas. Sus métodos eran revolucionarios: abarcaban desde la autodefensa hasta el sabotaje, y desde la expropiación hasta la insurrección armada.

El movimiento anarquista se planteó entonces la cuestión de la actividad legal e ilegal. Dadas las condiciones existentes en España, éste no era en absoluto un problema moral, ya que la clase dominante en la península ibérica no se había esforzado siquiera por mantener la fachada burguesa de un Estado constitucional democrático. Las elecciones parlamentarias fueron durante muchas décadas una completa farsa; se basaban en la compra de votos y la extorsión por medio de caudillos en el campo, y en el fraude más descarado. En España nunca hubo una división de poderes según la entendían las teorías estatales liberales. Hasta el fin de la Primera Guerra Mundial no existió una legislación social, y las leyes que se dictaron posteriormente nunca llegaron a aplicarse. La clase trabajadora era tratada con manifiesta injusticia y violencia, tanto por parte de los empresarios como del Estado. Así, el problema de la violencia quedaba aclarado antes de que pudiera ser planteado.

Sin embargo, la CNT era una organización de masas, por lo cual, a pesar de la represión, no podía operar en la clandestinidad. Grupos de cuadros clandestinos, como Los Solidarios, se encargaron

desde el principio de las actividades ilegales de la CNT: autodefensa, suministro de armas, reunión de fondos, liberación de prisioneros, terrorismo y espionaje. Esta división del trabajo se formalizó en 1927 al fundarse la Federación Anarquista Ibérica (FAI). Esta organización operaba fundamentalmente en un plano conspirativo. No se conoce con exactitud el número de sus miembros ni su organización interna. Pero se sabe que gozaba de un inmenso prestigio entre los trabajadores españoles. Todos sus afiliados pertenecían simultáneamente a la CNT. La FAI constituía, por así decirlo, el núcleo esencial de los sindicatos anarquistas; era una verdadera garantía contra amagos oportunistas y contra el peligro del reformismo. El modelo de Bakunin de un gran movimiento espontáneo de masas dirigido por grupos clandestinos y permanentes de revolucionarios profesionales, vuelve a manifestarse en esta estructura organizativa.

Se han inventado muchas historias acerca de la FAI. Es inevitable que surjan toda clase de rumores en torno al prestigio de una organización secreta. Prescindimos de la propaganda terrorista burguesa, por su obvia ignorancia. (Así, por ejemplo, los portavoces de los grandes terratenientes afirmaban, aún en 1936, que la FAI estaba «al servicio de Moscú».) En cambio, merecen una atención especial las ambigüedades que se derivan del origen y estructura de tales organizaciones conspirativas. Los adversarios de los anarquistas han aludido reiteradamente a los «elementos criminales» que se habrían introducido supuestamente en la FAI, sobre todo en Barcelona. Pero una estimación política no puede conformarse con alusiones al código penal. La clase obrera española, a diferencia de la alemana e inglesa, nunca se distinguió por su respeto a la propiedad privada, y, puesto que era oprimida a mano armada, siempre consideró la resistencia armada como un medio normal de autoafirmación. La ambigüedad que plantean estos grupos ilegales desde el punto de vista político tiene un origen totalmente diferente. Esta ambigüedad está en parte relacionada con un elemento social que siempre ha desempeñado un papel importante en Barcelona: el subproletariado. A su desarrollo han contribuido el éxodo rural, el desempleo, y también la subcultura internacional de una ciudad portuaria. Los obreros industriales catalanes no estaban distanciados de este sector social; se sentían solidarios y unidos a él por más de una razón. También en este aspecto se diferencian de los obreros especializados de Europa occidental, los cuales se sienten en su conciencia tan rigurosamente separados del subproletariado como de la clase superior. La policía hizo todo lo posible, por supuesto, por utilizar políticamente el latente antagonismo de clase existente entre los obreros industriales y el subproletariado. Especialmente a principios de siglo, la policía logró infiltrar agentes secretos y provocadores en el movimiento anarquista. Este doble juego ya se conoce a través de la historia de los socialrevolucionarios y los bolcheviques en Rusia. La policía española colaboró con los grupos

revolucionarios tan efectivamente como la Okrana. De las dos mil bombas que entre 1908-1909 explotaron en Barcelona ante las puertas de fábricas y casas de empresarios, puede imputarse la mayoría a la policía, la cual, por orden del gobierno central de Madrid, procedía así contra los anhelos de autonomía de los catalanes. Al igual que en Rusia, se demostró en España que la policía secreta había arriesgado demasiado; en lugar de desprestigiar políticamente a los anarquistas, sus provocaciones contribuyeron sólo al crecimiento de la CNT y la FAI.

No es fácil ponderar cuáles eran las ventajas y cuáles las desventajas de las formas organizativas anarquistas. Su contacto con las bases, su fervor revolucionario y su solidaridad militante eran insuperables; pero estas ventajas se obtenían a costa de una considerable falta de eficiencia, coordinación y planificación central. Así se produjeron hasta poco antes de la Guerra Civil reiterados intentos de rebelión y revueltas espontáneas y aisladas, sofocadas todas sin excepción: «ejemplos de cómo no debe hacerse una revolución», según dijo Engels en 1873.

Historiadores burgueses y marxistas han tratado de explicar reiteradamente por qué se produjeron con tanta persistencia durante un siglo tales intentos elementales y violentos de acabar, aquí y ahora, con la represión. Según ellos, el anarquismo español sería en el fondo una manifestación religiosa. Sus adeptos se imaginarían el día de la revolución como un juicio final, después del cual se sucedería en el acto el milenio, el reino milenarista de la justicia divina. Según esta hipótesis, también el fanatismo y el espíritu de sacrificio de los anarquistas españoles serían rasgos mesiánicos. Es indiscutible en verdad que el movimiento, sobre todo en los pueblos, abrigaba imágenes y esperanzas cuasi religiosas. Pero el método de reducir todo a formas religiosas es insuficiente, como toda tesis de secularización. Así, siguiendo las normas de la historia de las ideas se oculta el contenido político de esta lucha. Los trabajadores españoles realizaron, consciente y resueltamente, las promesas de su religión. Los historiadores materialistas deberían reconocer esto por lo menos.

Mucho más interés merece la tesis que sostienen principalmente Gerald Brenan y Franz Borkenau. Según ésta, el anarquismo español expresaría una profunda resistencia contra el desarrollo capitalista, una resistencia dirigida contra el progreso material en general, como se concibe en los países industriales de Europa, y por ende también contra el esquema marxista del desarrollo histórico. Según este esquema, la burguesía aparece como una fuerza transitoriamente revolucionaria, el desarrollo de las fuerzas productivas como una fase necesaria, y la disciplina y la acumulación como imperativos inevitables de la industrialización. En cambio, los obreros y campesinos anarquistas de España rechazan

este «progreso» con elemental violencia. De ningún modo admiran la capacidad productiva ni las conquistas del proletariado inglés, alemán y francés; se niegan a seguir su camino; no han asimilado ni el objetivo racional del desarrollo capitalista ni su fetichismo del consumo; se defienden desesperadamente contra un sistema que les parece inhumano, y contra la alienación que éste trae consigo. Odian el capitalismo con un odio que sus compañeros de Europa occidental ya no son capaces de sentir.

Creo que hay mucho de cierto en esta explicación. Ésta podría relacionarse con el hecho de que, contra las esperanzas de Marx y Engels, la revolución no triunfó en los países «avanzados» (ni en Inglaterra, Alemania o los Estados Unidos), sino en las sociedades donde el capitalismo era extraño y superficial. En lo que a España se refiere, esto no significa, empero, que los anarquistas fueran meros «residuos del pasado»; quien califique de arcaico a este movimiento, se adhiere precisamente al esquema histórico que aquí ponemos en tela de juicio. Los revolucionarios españoles no eran ludditas.[6] Sus aspiraciones no apuntaban al pasado, sino al futuro: el capitalismo propendía a un futuro muy diferente; y en el corto lapso de su triunfo no cerraron las fábricas, sino que las pusieron al servicio de sus necesidades y las tomaron a su cargo.

[6] Movimiento de obreros ingleses que se opusieron a la industrialización y destruían las máquinas (1811-1817). (N. de los T.)